

Repolitización de la democracia. Llenando el vacío de la política

—» LUIS FERNANDO CALABRIA
BARRETO

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales (Universidad de la República, Montevideo).
Prosecretario de la Cámara de Senadores del Uruguay.
Asesor legislativo. Integrante del sector Alianza Nacional (Partido Nacional). Integrante de la Fundación para la Democracia Wilson Ferreira Aldunate.

El paradigma político

El mayor producto civilizatorio es *la política*.

Ella ha permitido permear las sociedades y las demandas sobre la base de una interacción ordenada rescatando al individuo del caos. Por eso es que lo que se opone a la guerra no es la paz; en todo caso, esta es una consecuencia. Lo que se opone a la guerra es la política. La capacidad del individuo de interactuar sin destruirse ni eliminarse. Por eso no tenemos el gusto de compartir el criterio de Von Clausewitz cuando decía que «la guerra es la continuación de la política por otros medios», ni lo que le contraponía Foucault: «la po-

lítica es la continuación de la guerra por otros medios». La política es la dimensión superior al conflicto, porque no busca solucionarlo, busca permitirlo. Es el ámbito que habilita la convivencia de individuos, proyectos y culturas diferentes. Después vendrán derivados más o menos eficaces como la propia democracia, y vendrán también distintos tipos de gerenciamiento del poder como incidencias que se conducen dentro del *paradigma político*.

Ese paradigma político que gobierna Occidente influye incluso en otros relatos, como el religioso; así se sella en la consigna «al César lo que es del César... y a Dios lo que es de Dios». Con ello se significa el nivel de impregnación que tiene el paradigma político.

El poder

Pues bien, el poder como mecanismo de gerenciamiento de la cosmovisión política ha cambiado según las mutaciones sociales y económicas. Quien mejor ha descrito los cambios del poder es Alvin Toffler, con la descripción de las *tres olas*, que respondieron a los sistemas agrícolas (el productor), la primera Revolución industrial (nace el consumidor) y el cambio que sobrevino con las innovaciones tecnológicas (nace el *prosumidor*, síntesis de productor y consumidor). Con esos cambios sociales cambiaron los mecanismos de poder y se configuró la tríada fuerza, dinero y —finalmente— conocimiento. Esos cambios en las lógicas sociales, más estables que los cambios políticos, afectan las posibilidades *del poder*. Esas condiciones se han acelerado en la *ola* final y han generado lo que sucede actualmente y consigna magníficamente Moisés Naim: «El poder es cada vez más fácil de obtener, más difícil de usar y más fácil de perder».

Se exige más, se puede menos

Zygmunt Bauman en su secuencia de obras *líquidas*, señalaba con precisión y claridad que existe un divorcio entre la política y el poder. Aquella más territorial y local; este, global y avasallante, ha sobrepasado los límites de Gobiernos y Estados.

Los ciudadanos están cada vez más informados. Demandan más pero hay una situación de asimetría, porque la política puede menos. Los cambios sociales que venimos de señalar hacen que el nivel de impacto de la política sea menor. Las incidencias económicas globales, los estándares de comportamiento surgidos de procesos de

internacionalización le quitan margen de acción a la política. En breves palabras: existe una globalización de la toma de decisiones.

Además de ello, un Gobierno de cuatro o cinco años no puede llevar a cabo cambios económicos o sociales estremecedores. El esquema general de ordenamiento que emerge de la posmodernidad, esa nueva configuración, impacta en las demandas ciudadanas, que van acompañadas con esas nuevas coordenadas de la sociedad globalizada. No se detiene en las limitaciones de la política. El ciudadano puede más pero la política puede menos; esa asimetría de expectativas y cumplimientos despierta frustración y falta de credibilidad.

El descrédito y la desconfianza

Por no poder o no querer, la política —los políticos— no ha cumplido con las expectativas ciudadanas. En algunos casos ha incurrido en la mentira, en el total desapego por la palabra y el compromiso asumido. Frente a ello, los ciudadanos reaccionaron. Encontraron el antídoto perfecto e infalible contra la mentira y el incumplimiento. Dejaron de creer. Ninguna medida más eficaz y a la vez más dramática para el sistema.

Según el documento *La confianza en América Latina 1995-2015* de la Corporación Latinobarómetro se desprende que, en 2015, los partidos políticos eran la institución en la que menos confiaban los ciudadanos latinoamericanos, en una lista de 23 en la que estaban, por ejemplo, la radio, la televisión e incluso «la telefonista de una central telefónica». Si se aprecia el promedio de las instituciones medidas en los veinte años del informe, los partidos políticos siguen últimos, compartiendo la «distinción» con la telefonista de la central telefónica.

Esa confirmación científica de la percepción generalizada en la sociedad, debe forjar el alerta del sistema.

Ni un paso atrás

Si los cambios sociales han incidido tanto en la conformación del poder como en la consecuente configuración de la política, debe señalarse que en el futuro esos cambios serán más grandes y más rápidos e intensos.

Recientemente, Jeremy Rifkin, quizás el más influyente pensador sobre los impactos de los cambios en el mundo de la producción, el trabajo y la economía, publicó su nueva *predicción*. En *La sociedad de*

coste marginal cero, Rifkin retoma la noción de *prosumidor* y apunta que el rol de la economía colaborativa y el internet de las cosas generarán «un cambio en la conducta humana [que] conllevará la obsolescencia de valores básicos que guían nuestra vida y las instituciones creadas en la era capitalista» y continúa evaluando ese impacto al señalar que «los cambios de paradigma son disruptivos y dolorosos: ponen en entredicho los supuestos operativos que subyacen a los modelos económicos y sociales vigentes, el sistema de creencias que los acompaña y la cosmovisión que los legitima». Por tanto, lejos de atenuarse, los cambios se intensificarán, por lo cual la política deberá adaptarse a ese nuevo esquema.

«...los ciudadanos reaccionaron. Encontraron el antídoto perfecto e infalible contra la mentira y el incumplimiento. Dejaron de creer. Ninguna medida más eficaz y a la vez más dramática para el sistema»

Nuevos ciudadanos

Los cambios socioculturales han generado un nuevo ciudadano, informado —*sobreinformado*— y descreído de las instituciones. Sin embargo, el nuevo ciudadano es participativo pero de un modo distinto al tradicional. El acceso a información y a medios como redes sociales le permite al ciudadano intervenir en la vida pública desde espacios no partidistas. Es notable el nivel de participación *ciudadana* en organizaciones no partidistas, y ello porque *el gen de politicidad* impregna a nuestra cultura. En esa participación en organizaciones no gubernamentales, en esfuerzos de voluntariado, contarían criterios de desinterés participativo. El escepticismo y la falta de involucramiento se da frente a las organizaciones más tradicionales. El ciudadano *no se siente representado*, por lo cual, decide romper con el *intermediario* y *actuar por sí mismo*. En definitiva, estamos hablando de *los viejos* criterios de representación.

ID

Déficit de representación

Desde Edmund Burke y su discurso a los electores de Bristol, se rompió la noción del *mandato imperativo* y nació el *mandato libre*:

Ciertamente, caballeros, la felicidad y la gloria de un representante deben consistir en vivir en la unión más estrecha, la correspondencia

más íntima y una comunicación sin reservas con sus electores. Sus deseos deben tener para él gran peso, su opinión máximo respeto, sus asuntos una atención incesante. Es su deber sacrificar su reposo, sus placeres y sus satisfacciones a los de aquellos; y sobre todo preferir, siempre y en todas las ocasiones, el interés de ellos al suyo propio.

Aclara y precisa Burke:

Pero instrucciones imperativas, mandatos que el diputado está obligado ciega e implícitamente, a obedecer, votar y defender, aunque sean contrarias a las convicciones más claras de su juicio y su conciencia, son cosas totalmente desconocidas en las leyes del país y surgen de una interpretación fundamentalmente equivocada de todo el orden y temor de nuestra Constitución. El Parlamento no es un congreso de embajadores que defienden intereses distintos y hostiles, intereses que cada uno de sus miembros debe sostener, como agente y abogado, contra otros agentes y abogados, sino una asamblea deliberante de una nación, con un interés: el de la totalidad; donde deben guiar no los intereses y prejuicios locales, sino el bien general que resulta de la razón general del todo. Elegís un diputado; pero cuando lo habéis escogido, no es el diputado por Bristol, sino un miembro del Parlamento».

Esa noción de representación se pone en cuestión cuando no hay eficacia en alcanzar el *bien común*, cuando tenemos sociedades más ricas pero más desiguales. Allí se provoca el vacío representativo, el vaciamiento de la política.

El vaciamiento de la política

El irlandés Peter Mair apuntaba con rigurosidad:

Hasta la década de 1970 se consideraba que la política pertenecía a los ciudadanos y que era algo en lo que los ciudadanos podían participar. En la actualidad, se ha convertido en un mundo exterior que la gente observa desde fuera; un mundo de políticos separado del mundo de los ciudadanos. Es la transformación de la democracia de partidos en la *democracia de la audiencia*.

Y continuaba:

Si la creciente desvinculación del electorado es la causa de esta nueva forma de política, o si se trata de una nueva forma de política que provoca la desvinculación de los votantes, es algo que por ahora no está claro. Lo que en cambio queda fuera de discusión es que cada una de estas líneas alimenta a la otra. La retirada de los ciudadanos de la escena política nacional produce inevitablemente el debilitamiento del principal actor que permanece en ella: los partidos políticos. Y esto a su vez es parte y provoca una democracia de la audiencia o, formulado de otra manera, la *videopolítica*. Los partidos tradicionales sufren problemas para mantenerse cuando la política se vuelve un espectáculo deportivo.

Si bien es cierto lo que describe Mair, también es cierto que no fueron los ciudadanos los que vaciaron a la política. Fueron los políticos. La reacción al cambio no fue una adaptación genuina a las nuevas demandas, sino un camuflaje.

Cuando los estamentos políticos vieron la pérdida de centralidad, lejos de generar anticuerpos, lanzaron nuevos elementos perniciosos, generaron mutantes. Así, en lugar de *mejorar a los partidos*, aparecieron *nuevos partidos*; en lugar de *mejorar a los políticos* propiciaron *outsiders*, etcétera.

ID

La nueva política

El déficit representativo, el vacío del que hablaba Mair fue *llenado* por fenómenos que reivindicaban un rol refundador. Así aparecieron, por ejemplo:

Políticos superfluos. Los políticos superfluos hacen política superflua. Ellos son los que amparados en el marketing navegan por la superficie sin zambullirse en las discusiones de fondo. Construyen en aparente relación con el ciudadano pero en cuanto elector, no protagonista social ni político en sentido sustancial. Lamentablemente Latinoamérica puede ofrecer ejemplos varios.

Políticos sin política. Otra de las fórmulas de la mal entendida *nueva* política es renegar de la política. Así ingresan nuevos actores que pretenden incorporar lógicas ajenas, como las meramente economicistas, o bien, lisa y llanamente denigrar a la política como mecanismo integrador. Y como el paradigma político admite ser agredido —no puede rechazar un conflicto, debe integrarlo—, estos nuevos actores pueden ingresar para atentar contra el sistema desde el mismo sistema. También Latinoamérica puede ofrecer de estos ejemplos.

Políticos sin trazabilidad ideológica. Una de las predilecciones de la nueva política es la renuncia a la ideologías o, directamente, a las ideas. Se ofrece al ciudadano gestión, administración, gerenciamiento. El asunto es que quien no tiene una ideología, tiene varias —o incluso todas— y la tan mentada proclamación del pragmatismo no es sino la antesala de la demagogia. Supone «creer» algo y también lo contrario. No tiene el ciudadano garantía de rumbo ni certeza con quien se amputa nada más y nada menos que el horizonte de sentido que supone una visión general del mundo.

Expertocracia y política notarial. Otra circunstancia usual en las nuevas configuraciones es la apelación al tecnócrata, al experto. Si bien no es una cuestión tan reciente (viene desde la sofocracia de Platón), Mair cita a Alan Blinder, un economista y subdirector de la Reserva Federal en tiempos de Greenspan, quien en 1997 publicó un artículo en la prestigiosa *Foreign Affairs* —del influyente Consejo de Relaciones internacionales—, en el cual se analizaba el proceso de la toma de decisiones del Gobierno estadounidense y se sentenciaba que «era demasiado político», por lo cual se promovía como correctivo extender el modelo de independencia de los bancos centrales —particularmente el de la Reserva Federal— a otras áreas clave de la política, de manera que fueran los expertos independientes quienes tomaran las decisiones sobre la salud y el bienestar del Estado. Con esta lógica, los *políticos* debían resignarse a refrendar —como un escribano— lo ya decidido por los *sabios* y otorgar lo que solo puede provenir de ellos, la legitimidad. Un rol meramente notarial.

Los problemas de la política se solucionan con más política

La legitimidad para *llenar* el espacio político donde el ciudadano sea protagonista supone reconquistar la política. No su negación. Si ello no ocurre, si el proceso de vaciamiento se profundiza, si el alejamiento ciudadano continúa, corremos el riesgo de tener una *democracia sin pueblo*, al decir de Duverger. De tener una formalidad democrática pero sin sustancia cívica. La recuperación del ciudadano —del nuevo, del viejo y del que haya— es imprescindible para la política. Se impone la recuperación del rol protagónico de la política, esto es, la recuperación de la centralidad de la política como escenario de interacción representativa. Una democracia no se hace con *usuarios*, *accionistas* ni *clientes*. Se hace con *ciudadanos*. No se hace tampoco con *movimientos sociales* por mejor intencionados que estén; se hace con política —y políticos—, porque es la dimensión política la que conjuga el interés

colectivo con el individual sin renunciar a ninguno de los dos. La política no se permite excluir a nadie. Puede hacer primar un interés sobre otro pero no puede desconocer su existencia. Es una lógica diferente a la de la guerra o la del comercio; es una dimensión donde no hay *descartes*.

Ese lenguaje político es el que expresa la democracia y que ningún poder fáctico puede sustituir. No hay grupo económico, social ni opinión pública que asegure lo que asegura la política como expresión democrática.

» La política no se permite excluir a nadie. Puede hacer primar un interés sobre otro pero no puede desconocer su existencia. Es una lógica diferente a la de la guerra o la del comercio; es una dimensión donde no hay *descartes* «

Los desafíos

Los desafíos que enfrentan nuestras democracias tienen —deben tener— naturaleza bidireccional. Esto es, por supuesto, que implica a los liderazgos, que tiene la responsabilidad de reencauzar el contenido y la forma política. Un contenido conceptual y en definitiva ético; y en cuanto a la forma, que se adapte a las mutaciones sociales. Pero también desde la ciudadanía se requiere un esfuerzo. La ciudadanía tiene que asumir su condición política y recomponer los espacios de confianza. El esquema de derechos que domina el relato posmoderno no debe hacer desaparecer el componente axiológico del *deber* como contrapartida lógica de los derechos. Por tanto, es mayor la responsabilidad de los cuadros dirigenciales pero hay también una necesidad de compromiso ciudadano para llenar la grieta que describe la sociedad política de nuestro tiempo.

Ese desafío compartido entre líderes y ciudadanos requiere acomparse de nuevas —y no tan nuevas— dinámicas.

La espiral participativa

Uno de los retos de la política es reconocer su nueva realidad y, de la mano de ello, generar una cultura política nueva cumpliendo una función pedagógica sobre su nueva configuración. Se necesita desarrollar una espiral participativa que incorpore nuevos actores: jóvenes, minorías y la mayoría largamente frenada, la mujer. Pero, además, los nuevos liderazgos deben ser ilustrativos y responsables en

ID

el mensaje: su horizonte de posibilidades no es el tradicional. Esto es, más participación con más formación. La cultura democrática de este tiempo debe generar conciencia de los límites de las demandas, no para que haya resignación sino para evitar la frustración. El político *todo-poderoso* caducó.

La gobernabilidad de las expectativas

Por lo que viene de decirse, gobernar las expectativas ciudadanas para no verse sobrepasados por la inflación de demandas es otra dimensión clave para el sistema.

Recuperar el rol protagónico de la acción política supone un ciudadano consciente de las posibilidades reales del sistema. El rol protagónico de la política no significa rol excluyente; lo que no puede suceder es que haya ausencia de política. Supone participación y comprensión de las expectativas. Es responsabilidad de los liderazgos involucrar a los ciudadanos en una dinámica participativa. El siempre latente deseo de las elites de que el gobernante elija a los electores no tiene lugar.

Remoralización política

Para regenerarse de confianza, el sistema debe revitalizar los circuitos éticos.

Ello no pasa por acudir a caricaturas ni a idealismos; es precisamente el rescate de la relación moral-política como construcción colectiva con sentido axiológico lo que va a determinar el ingreso a una nueva lógica que derive en pactos éticos que marquen un horizonte de sentido.

Como todo circuito, se retroalimenta involucrando claramente a los liderazgos pero también a los ciudadanos. La sociedad no puede engendrar nada que no contenga su naturaleza. En los efectos están siempre presentes las causas. No habrá políticos morales en sociedades que no lo sean. Entonces el esfuerzo debe ser compartido, para moralizar y dar un contenido deontológico al espacio político público.

Carga de contenido conceptual

Las tendencias *vaciatorias* han sido exitosas. El espacio público y político ha sido despojado de discusión y debate de ideas, para sustituirlo por eslóganes y simplificaciones.

La carga y enriquecimiento de contenido conceptual es una de las prioridades de los sistemas democráticos para mejorar su capacidad de

respuesta y por tanto defenderse del vacío, siempre listo para *ganar su espacio*. Llenar de ideas el vacío debe ser la activación del instinto de conservación de la democracia.

En este desafío hay un campo fértil para que organizaciones sociales, culturales y filosóficas hagan su aporte al sistema, generando eventos, formando cuadros y aportando su caudal histórico conceptual.

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt (2002). *La modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 115 ss.
- BLINDER, Alan (1999). «Is Government too Political?», *Foreign Affairs*, vol. LXXVI, n.º 6.
- BURKE, Edmund (1942). *Textos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 309-314.
- MAIR, Peter (2015). *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 14, 15 y 211.
- MIRES, Fernando (2001). *Civilidad. Teoría política de la posmodernidad*. Madrid: Trotta, p. 15.
- NAIM, Moisés (2014). *El fin del poder*. México: Debate.
- RIFKIN, Jeremy (2015). *La sociedad de coste marginal cero: el internet de las cosas, los bienes comunes y el eclipse del capitalismo*. Barcelona: Paidós, 3.ª reimpresión, pp. 40 y 41.
- TOFFLER, Alvin (1991). *El cambio del poder*. Barcelona: Plaza, p. 218.

ID